

# Urbanismo y literatura en *La ciudad de los prodigios*

◆ Alejandro Sebastián  
Carmen Servén

*La ciudad de los prodigios* es una novela de Eduardo Mendoza, publicada por primera vez en 1986,<sup>1</sup> en la que se narra el fulminante ascenso y la desaparición de Onofre Bouvila. En el centro de la obra se sitúa, por tanto, un protagonista individual; pero sus aventuras vienen arropadas en el latir de la ciudad toda y vamos viendo cómo ambos cambian al unísono; la aventura individual y la aventura colectiva se acompañan mutuamente. Onofre y Barcelona, a lo largo del tiempo transcurrido en el interior de la novela, pasan de las velas a la luz eléctrica, de los espacios lóbregos y reducidos a la expansión más brillante, de la pobreza a la opulencia y al desaforado progreso industrial, incluyendo el tráfico de armas para la Gran Guerra (la primera guerra mundial) o los ensayos con el cinematógrafo.

El tiempo interno transcurrido a lo largo de la acción abarca los años 1887-1929, es decir, unos treinta años: desde que Onofre es un joven buscavidas que llega a Barcelona con una mano delante

y otra detrás, hasta que se convierte en un gran financiero, en una de las más grandes fortunas de España y además, por fin, en un cincuentón profundamente enamorado. O lo que es lo mismo: abarca el lapso transcurrido entre la primera y la segunda Exposiciones Universales de Barcelona (1888 y 1929),<sup>2</sup> etapa en que la fisonomía de la ciudad sufre enormes cambios. Por tanto, el periodo referido es el que incluye los tiempos inmediatamente anteriores al Ensanche,<sup>3</sup> los del propio Ensanche y los años posteriores.

Pero, además, ese tiempo transcurrido constituye una etapa de grandes convulsiones sociopolíticas en la ciudad, convulsiones en las que Onofre interviene o que le afectan muy directamente: la difusión y beligerancia de las ideas anarquistas (en panfletos que Onofre, completamente indiferente a la causa, reparte para sobrevivir); las bandas armadas que dominan la ciudad (el protagonista forma parte de un grupo de pistoleros); los peligrosos días de la Semana Trágica (en que Onofre se replie-

<sup>1</sup> En el presente trabajo, todas las referencias a esta novela proceden de la edición Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*, Seix Barral, Barcelona, 1986.

<sup>2</sup> "Exposición Universal" es el nombre genérico de varias exposiciones o ferias de gran envergadura realizadas en todo el mundo. La primera se realizó en París en 1798; en tiempos más recientes se ha producido esta clase de eventos en distintas ciudades del mundo; en todas ellas se presentan objetos etnográficos, técnicos o artísticos que se consideran de especial interés.

<sup>3</sup> El Ensanche es un nuevo barrio de Barcelona, que surgió en el siglo XIX, tras el derribo de las murallas (1854-1856) y la expansión de la ciudad. Inicialmente, se construyó siguiendo el Plan Cerdà, elaborado por el ingeniero Ildefonso Cerdà, quien diseñó un barrio cuadrículado, con esquinas truncadas y jardines interiores, y con amplios espacios para peatones.





ga y esconde junto a otros grandes financieros y aristócratas); el golpe de Estado y la dictadura de Primo de Rivera (que Onofre encaja no sin reservas y que lo obliga inicialmente a fugarse del país).<sup>4</sup>

Los personajes que atraviesan el relato son de diversas cataduras: desde el grotesco don Braulio, con inclinaciones al travestismo y corazón tierno, al hermoso Odón Mostaza, pistolero leal de aciago destino; desde el gigantesco Efrén Castells, que llegará al marquesado a partir de la indigencia, hasta la nada agraciada Delfina, que se convertirá, pese a todo, en una famosa actriz de cine: desde la angelical Margarita, que casará felizmente con el emergente Bouvila para convertirse luego en una matrona beata y sin interés, hasta el hermano de Onofre, siempre confinado y borracho en su alcaldía del terruño natal.

La novela es un hervidero de historias y personajes que se mueven por Barcelona y sus alrededores. Y al fondo, la masa indistinta de los habitantes anónimos de la ciudad: anarquistas, operarios y manobres, inmigrantes...

La narración se desarrolla en tercera persona y presenta a un narrador innominado y omnisciente, es decir, un narrador que no se identifica como personaje y que conoce no solo los hechos exteriores y

objetivos concernientes a la ciudad —sobre la que el autor, nacido en Barcelona, por cierto, se ha documentado cuidadosamente— sino también los relativos a la intimidad y pensamientos más secretos de las figuras novelescas.

#### Aspectos urbanísticos de la novela

Como ha señalado Vallés Calatrava, en *La ciudad de los prodigios* “el espacio y su configuración juega un papel esencial”<sup>5</sup> y fortalece la dimensión semántico-estilística de carácter realista de la obra. El relato, como otros de Mendoza —*La verdad sobre el caso Savolta* (1975), *Una comedia ligera* (1996)—, es un dibujo geosocial de Barcelona; y, además, recoge los cambios que la ciudad sufre en un periodo crucial de su historia: la etapa de entre siglos que se aborda también en el ensayo *Barcelona modernista* (1989), escrito en colaboración por los hermanos Eduardo y Cristina Mendoza. Así, Barcelona no se limita a ser el ámbito, el lugar, en que se desarrollan los hechos de la historia narrada en *La ciudad de los prodigios*, sino que adquiere una significación propia en la novelística de Mendoza y constituye un nudo narrativo esencial en la novela que ahora consideramos. Su valor semiótico se intensifica y multiplica a lo largo del libro.

---

<sup>4</sup> La Semana Trágica fue un conjunto de acontecimientos ocurridos en julio de 1909, a partir de la huelga general convocada por el movimiento obrero en Barcelona y la reacción del aparato represivo en su contra; la dictadura se estableció en Cataluña con el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, y permaneció hasta su dimisión el 28 de enero de 1930, cuando fue sustituida por el régimen de Dámaso Berenguer.

<sup>5</sup> José R. Vallés Calatrava, “Ficción y espacio narrativo. Organización y funcionamiento del espacio en *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza”, en José María Pozuelo Yvancos y Francisco Vicente Gómez (eds.), *Mundos de ficción*, Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, vol. 2, 21-24 de noviembre de 1994, Universidad de Murcia, Murcia, 1996, pp. 1527-1534.

Uno de los aspectos que difuminan la frontera entre realidad y ficción a medida que avanza el relato es el concerniente al desarrollo urbanístico de Barcelona, que se va desplegando en sincronía con los cambios socioeconómicos del protagonista, Onofre Bouvila.

La novela comienza con una retrospectiva histórica sobre la ciudad de Barcelona. Nos explica cómo fue fundada por los fenicios pero estructurada y establecida definitivamente como ciudad por los romanos, con su tejido hipodinámico, que “marcará su evolución posterior”.<sup>6</sup> Más adelante, en la época de la Reconquista,<sup>7</sup> Barcelona cambia de bando varias veces, lo que provoca la aparición de un complejo entramado de murallas y las calles resultan angostas y sinuosas.<sup>8</sup>

Cuando Onofre llega a Barcelona, el narrador nos proporciona una perspectiva general de la ciudad que se encuentra el protagonista. La ciudad está “en plena fiebre de renovación”, no cesa de crecer: en el censo de 1887, el área metropolitana contaba con 416 000 habitantes, de los cuales el municipio de Barcelona incluía 272 000 y el resto correspondían a barrios extramuros donde se desarrollaban las actividades industriales; el censo aumentaba en 12 000 por año. La ciudad consti-

tuía una avanzadilla en España: “Durante todo el siglo XIX, Barcelona no había dejado de estar a la vanguardia del progreso”<sup>9</sup> en España, puesto que, explica el narrador, tuvo el primer alumbrado de gas, el primer vapor, el primer trayecto ferroviario, la primera central eléctrica...<sup>10</sup>

En la novela también se desarrolla la relación de Barcelona con el mar: “aunque a mediados del siglo XIX ya era común decir que Barcelona vivía “de espaldas al mar”, la realidad cotidiana no corrobora esta aseveración.<sup>11</sup> Además se alude a las condiciones de vida de la población: jornadas laborales larguísimas, plagas de peste, cólera y otras enfermedades.<sup>12</sup>

Los días iniciales de Onofre en Barcelona muestran la forma de vida del común de la gente en ella: Onofre se instala en una lóbrega pensión; desde su balcón ve las farolas de gas y el resto de la ciudad sumida en la oscuridad más absoluta. Usa una vela para leer por la noche y recorre esforzadamente la ciudad sin encontrar trabajo alguno hasta toparse con un grupo anarquista, que lo acoge y sostiene. El transporte público está cubierto por tranvías de mulas.

En uno de sus trayectos para recoger y repartir panfletos se contempla también el avance del

<sup>6</sup> Eduardo Mendoza, *La ciudad...*, *op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>7</sup> Tras una rápida invasión musulmana de la península ibérica en el año 711, los cristianos recuperaron lentamente el control hasta dominarla toda de nuevo (1492). El proceso duró casi ocho siglos y suele denominarse como “la Reconquista”.

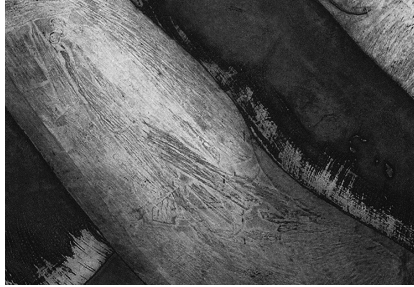
<sup>8</sup> Eduardo Mendoza, *La ciudad...*, *op. cit.*

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 22.



proceso industrial: Onofre atraviesa hectáreas “que unos años antes habían sido huertos: ahora, atrapadas por el avance del progreso industrial, aguardaban un destino incierto yermas, negras y apestosas, envenenadas por los riachuelos pútridos que vertían las fábricas de las inmediaciones”.<sup>13</sup>

La Ciudadela merece atención específica: según el narrador, constituyó un símbolo de la opresión de Barcelona. Su historia se resume en lo siguiente: en la Guerra de Sucesión, en 1701, Barcelona abrazó la causa del bando perdedor (el del archiduque de Austria) y fue castigada severamente por el Borbón ganador: sus monumentos y estatuas fueron reducidos a polvo; la universidad, clausurada; se cegaron los canales y acequias que abastecían de agua a la ciudad. El rey hizo construir en Barcelona una fortificación gigantesca donde albergó un ejército de ocupación, presto a sofocar cualquier levantamiento: la Ciudadela, donde vivía el gobernador y en cuya explanada eran ahorcados los reos de sedición. A mediados del siglo XIX, la Ciudadela había perdido gran parte de su eficacia a causa de los adelantos bélicos, y al cabo de siglo y medio de existencia fue demolida; en su lugar se construyó un parque público, el Parque de la Ciudadela, y allí se estaba levantando el recinto de la Exposición Universal a mediados de 1887.

Cuando Onofre llega al parque de la Ciudadela en 1887, el recinto de la futura Exposición Universal había sido rodeado por una empalizada que protegía las obras de la injerencia de curiosos; ca-

rromatos de mulas trasladaban escombros, y allí trabajaban numerosos obreros, que acudían empujados por la recesión económica. Entre ellos había operarios, es decir, obreros calificados que trataban a los capataces de tú a tú, y manobres o peones no calificados que procedían del campo y habían acudido a la ciudad, desesperados y hambrientos. Los manobres vivían en chozas de hojalata, madera y cartón en la playa que se extendía desde el embarcadero de la exposición hasta la fábrica de gas; sus mujeres e hijos, miserables, sucios y violentos, pululaban por aquella especie de campamento.

#### Exposiciones Universales

La Exposición Universal de Barcelona en 1888 se planeó a imagen de las primeras, la de Londres en 1851 y la de París en 1855. Después se celebraron en Amberes, Viena, Filadelfia y Liverpool. Los periódicos de Barcelona suponían en principio que la ciudad haría un triste papel frente a las sedes anteriores, puesto que Barcelona carecía de atractivos para el forastero. Uno de los periódicos, según la novela, incluye en sus páginas la siguiente consideración: “la policía urbana es, en general, detestable; la seguridad deja mucho, muchísimo, que desear; faltan o están mal organizados gran número de servicios necesarios en una población de 250 000 habitantes; la estrechez de las calles del casco antiguo y la falta de grandes plazas en él y el nuevo, dificultan la circulación y el desahogo; no tenemos buenos y variados paseos y carecemos

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 32.

de museos, bibliotecas, hospitales, hospicios, cárceles etc., dignos de ser visitados".<sup>14</sup>

En relación con la inminencia de la Exposición, los periódicos hacen diversas sugerencias para la mejora de la ciudad: construir el alcantarillado de la parte nueva, tapar o destruir los barracones que afeaban la plaza de Cataluña, dotar al paseo de Colón de bancos de piedra, mejorar los barrios extremos, como el de Poble Sec.<sup>15</sup>

La novela hace referencia también a la infraestructura que requirió la preparación de la Exposición de 1888: los hornos de ladrillería, fábricas de cemento, talleres de hierro, talleres de carpintería, entre otros, que no daban abasto para tan enorme empresa.<sup>16</sup> Sabemos que el recinto de la Exposición era de 380 000 metros cuadrados y que su extensión obligó a urbanizar un sector de la playa para albergar pabellones.<sup>17</sup> Además, se construyeron almacenes para guardar los artículos que enviaban los exhibidores. Los preparativos para la inauguración incluyen esfuerzos de infraestructura, pero también de limpieza y concienciación del ciudadano sobre el trato al *tourista*; por su parte, la voz popular exige que la ciudad se libre de "indeseables".

Las obras se retrasan y los ánimos se van enfriando.<sup>18</sup> La novela facilita datos concretos y cifras precisas sobre el particular: los fondos económicos

menguan con una rapidez que no se corresponde con el avance de las obras.<sup>19</sup> De los ocho millones de pesetas prometidos por el gobierno, solo dos se habían materializado. El ayuntamiento tuvo que emitir un empréstito de tres millones para cubrir el déficit.<sup>20</sup>

Tras el cierre de la Exposición, algunas instalaciones pudieron ser aprovechadas para otros usos; el remanente de deuda fue enorme y gravó al ayuntamiento de Barcelona durante muchos años. También quedó el recuerdo de las jornadas de esplendor y la noción de que Barcelona, si quería, podía volver a ser una ciudad cosmopolita.

Otro núcleo de informaciones urbanísticas en la novela corresponde al proyecto y realización del Ensanche de Barcelona, según el Plan Cerdá.<sup>21</sup> Describe la Barcelona anterior al plan, los años de especulación en torno al Ensanche y los años inmediatamente posteriores. El narrador se refiere a cómo el proyecto fue impuesto por un decreto-ley desde Madrid, frente al proyecto auspiciado por el ayuntamiento barcelonés. Barcelona estaba aprisionada dentro de sus propias murallas, que impedían su expansión. Así, vemos una densidad de población de 700 habitantes por hectárea, cinco veces mayor que la de otras ciudades del siglo XIX, y una superficie diez veces menor. Cerdá, tras

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 57-58.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 68-69.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>21</sup> Aprobado en 1859; se empezó a desarrollar un año más tarde.



la realización de un estudio estadístico de la población y un levantamiento topográfico, propone un crecimiento abierto, en retícula, isótropo en cuanto a reparto de recursos, según nos informa la historia urbanística real de Barcelona.<sup>22</sup> La regularidad del viario de 20 metros de ancho, con sus característicos chaflanes en las manzanas, no se desarrolla dilatadamente en la novela, pero vemos la evolución en el tejido urbano. Pese a la clara ruptura con la ciudad heredada, el plan de Cerdá respeta la antigua ciudad medieval.

El núcleo tercero y final de informaciones urbanísticas contenidas en la novela de Mendoza, se refiere a la segunda Exposición Universal de Barcelona (1929). La mayor parte de los 13 989 942 metros cuadrados de que constaba el Plan Cerdá “habían sido construidos ya: ahora el Ensanche lamía los lindes de los pueblos vecinos [...] el humo de las fábricas formaba una cortina de tul que movía la brisa: a través de esta cortina podían verse los campos del Maresme, de color esmeralda, las playas doradas y el mar azul y manso, punteado por las barcas de pesca”;<sup>23</sup> el promontorio de Monjuic estaba cuajado de “naranja, laurel y jazmín” y en “sus fuentes y manantiales hacían meriendas campestres las familias menestrales, las criadas y los soldados”.<sup>24</sup> Desde estas perspectivas se conci-

be y organiza la segunda exposición. La montaña quedó cerrada al público, los bosques talados, las fuentes canalizadas o cegadas con dinamita, y allí se echaron los cimientos de lo que habrían de ser los nuevos pabellones.

Como en la Exposición anterior, los escollos no se hicieron esperar: el estallido de la Gran Guerra primero, y la reticencia del gobierno de Madrid después, paralizaron las obras. Solo al cabo de veinte años, con la política de obras públicas de la dictadura de Primo de Rivera, la idea cobró nuevos alientos. En la ciudad, muchos edificios fueron derribados y el pavimento levantado para tender las vías del metro; en las obras trabajaban millares de obreros, peones y albañiles venidos de todas partes, sobre todo del sur.

Puesto que la ciudad no tenía capacidad para absorber este aluvión de gente, los inmigrantes se alojaron en chamizos (barracas) por falta de casas;<sup>25</sup> barrios de barracas brotaban de la noche a la mañana en las afueras de la ciudad, en las laderas del Monjuic, en la ribera del Besós, como los barrios de La Mina, Campo de la Bota o Pekín. Para remediar esta situación, las autoridades fomentaban y subvencionaban la construcción de grandes bloques de viviendas que llamaron “casas baratas” (p. 356), que formaban ciudades satélite a las que

---

<sup>22</sup> Según Ildelfonso Cerdá (*Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios al Ensanche de Barcelona*, 1867, reeditado por el Instituto de Estudios Fiscales, 1968-1971), “la nueva sociedad necesita una ciudad donde se pueda realizar, o mejor, conseguir, los dos principios fundamentales: facilidad de circulación por su interés y unas condiciones higiénicas inmejorables”, *apud.* Manuel de Solá-Morales, “I. Los Ensanches”, *El Ensanche de Barcelona*, Monografías ETSAB-LUB, núm. 20, Barcelona, 1978, p. 51.

<sup>23</sup> Eduardo Mendoza, *La ciudad...*, *op. cit.*, p. 354.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 355.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 356.

no llegaba el agua corriente, la electricidad, el teléfono o el gas.<sup>26</sup>

### El desenlace

Finalmente, se lleva a cabo la inauguración de la Exposición de 1929. Ante el rey Alfonso XIII y un nutrido público, Onofre Bouvila tripula un extraordinario artillugio volador. Con su repentina caída al mar, ante miles de espectadores, termina la novela. De este modo inopinado se cierra la obra y se trasciende el espacio urbano. En una pirueta final de ribetes simbólicos, Onofre escapa del narrador y del ámbito central en la obra.

Por tanto, a lo largo del relato se observa cómo se iba modificando la fisonomía de la ciudad a la vez que la posición social de Bouvila. Mientras el perímetro de Barcelona se amplía, se reubican los centros urbanos neurálgicos y la capital se convierte en una urbe moderna, luminosa y saneada, el desharrapado jovencito asciende imparablemente en la pirámide económica. Y la novela cierra con un broche que es todo un hallazgo: la ascensión económica de Onofre termina en el cielo para caer repentinamente a los abismos marinos, de forma que su itinerario concluye con la máxima subida posible y se precipita después a lo más hondo, en un significativo resumen de la vida del personaje, extremosa y de amplitud dinámica.

Y, además, la localización espacio-temporal de esa última aparición de Bouvila recoge hilos topográficos e históricos que la novela ha ido tejiendo y que iluminan el sentido del relato: ese cierre

con una nueva Exposición Universal, la entrada en escena de un artillugio volador que marcará las costumbres de la nueva época que se inicia, y esa sugerencia sobre un nuevo modo de estar en la ciudad gozando de una perspectiva aérea, constituyen un adecuado cierre para *La ciudad de los prodigios*, que finaliza así con un prodigio postrero de la técnica y de la modernidad.

Naturalmente, *La ciudad de los prodigios* no es la única novela española que ha entreverado urbanismo y literatura y que ha explorado literariamente una ciudad; en la mente de todos está *El hereje* (1998), de Miguel Delibes, y su exacta ubicación en la Valladolid renacentista; o la seductora imagen del Madrid decimonónico en novelas de Benito Pérez Galdós, como *Fortunata y Jacinta* (1886-1887). Otros autores en otros países han proporcionado también maravillosas recreaciones de ciudades diversas, que se convierten en topografías culturales emblemáticas, como la Nueva York de John DosPassos en su famosa *Manhattan Transfer* (1929) o el nítido trasfondo de Lima en *La ciudad y los perros* (1962), de Mario Vargas Llosa.

El espacio novelesco que refleja un lugar de la realidad y lo constituye en espacio cultural mítico forma parte principal de la geografía de la ficción: Macondo (Gabriel García Márquez), Yoknapatawpha (William Faulkner)... Y el tejido urbano, no solo como sede sino también como metáfora y resumen de la acción novelesca, da lugar a caleidoscópicas formas de relación entre urbanismo y literatura.

<sup>26</sup> *Ibid.*